



# Pensar la Historia en ¿tiempos posmodernos?

Miguel Angel Beltrán  
*Universidad de Antioquia*

*Resumen:* En este artículo, el autor propone una reflexión teórica y metodológica en torno a los retos que plantea hoy al historiador, un nuevo ámbito intelectual marcado por la pérdida de vigencia de las grandes visiones omnicomprendivas de la sociedad, la crisis de la idea de progreso, el proceso de globalización y la irrupción de la llamada “sociedad de la información”. En él se busca superar dos actitudes extremas, que han marcado el debate: por un lado, desechar estos retos como una simple moda pasajera y, por otro, aceptarlos acríticamente sin beneficio de inventario.

*Palabras Clave:* Historia-Posmodernidad, Historia-Sociedad de la Información, Historia-Globalización, Crisis de los Grandes Paradigmas.

## *Thinking History about posmodern times?*

*Abstract:* In this article, the author proposes a theoretical and methodologic reflection around the challenges that the historian raises today, a new intellectual scope marked by the loss of use of the great omnicomprendivas visions of the society, the crisis of the progress idea, the process of globalización and the irruption of the call “ society of the information “. In the article one looks for to surpass two extreme attitudes, that has marked the debate: on the one part, to reject these challenges like a simple fleeting fashion and, on the other part, acritical to accept them without right of inventory.

*Key words:* History-Posmodern, History-Sociedad of the Information, History-Globalización Information, Crisis of the great paradigms.

El concepto de postmodernidad es un concepto demasiado amplio y ambiguo y su caracterización no admite una única lectura. El prefijo “post” generalmente aparece asociado a períodos de toma de conciencia de un cambio. Desde esa perspectiva suele englobar una multiplicidad de fenómenos, que no logran ser explicados dentro de un paradigma vigente. Independientemente de la calificación que se asuma resulta evidente que hoy día se asiste a la definición de los contornos de una nueva época y una nueva sensibilidad. Para algunos se trata del advenimiento de la sociedad postindustrial (Daniel Bell), para otros de

la “sociedad compleja” (Luhmann)<sup>1</sup>, “sociedad de la comunicación o sociedad transparente” (Vattimo); “aldea global” (MacLuhan), “sociedad de riesgo” (Ulrich Beck) y aunque cada una de estas conceptualizaciones prioriza uno o varios ángulos de análisis, ya sea social, económico, cultural o de otra índole, todas ellas tienen como referente de reflexión el espacio de experiencias que brinda la modernidad. Las reiteradas referencias al posmodernismo, el neomodernismo, el transmodernismo o la modernidad radicalizada son solo una expresión de ello.

Lo que se trata con estas designaciones es precisamente marcar un corte en relación con la modernidad. En este sentido la posmodernidad aparece como la síntesis de los fracasos del proyecto ilustrado que se expresa en una crítica a los grandes relatos, un reclamo en favor de la autonomía individual negada por el dominio de una racionalidad técnica e instrumental y la evocación de una sociedad fragmentada y particularizada carente de una fundamentación última.

A esta imagen de la sociedad contemporánea ha contribuido las transformaciones sociales, políticas y económicas que caracterizaron el cierre de siglo que acaba de concluir y donde 1989 es una “una suerte de punto culminante dentro de la curva de todo un conjunto tumultoso de acontecimientos importantes y espectaculares, que van desde las vicisitudes del movimiento de solidaridad en Polonia, y el lanzamiento de la perestroika, hasta la reunificación alemana, la desaparición de la Unión Soviética y la desintegración de Yugoslavia, pasando sin duda por las revoluciones checa, rumana y por las jornadas históricas del 8 y 9 de noviembre en Berlín”<sup>2</sup>. Cambios a los cuales se suman los crecientes procesos de interdependencia económica y cultural conducentes a la configuración de un nuevo orden global facilitado, entre otros factores, por el desarrollo de los sistemas de información.

---

<sup>1</sup> En el caso específico de Niklas Luhmann, no se trata de una condición “post” sino del despliegue mismo de la modernidad. En ese sentido no se asistiría estrictamente a una nueva época.

<sup>2</sup> Carlos Antonio AGUIRRE, “1989 en Perspectiva Histórica” en *Construir la Historia: entre Materialismo Histórico y Annales*, México, Escuela de Historia, Facultad de Economía, UNAM, 1993, p.175.



En el terreno del debate teórico se insiste en la “crisis de los grandes paradigmas” que durante mucho tiempo sustentaron el quehacer teórico en las Ciencias Sociales, el agotamiento tanto de las visiones omnicomprendivas como de las explicaciones deterministas que pretendieron dar cuenta de la acción del hombre por causas únicas y, junto a ello, la búsqueda de nuevos modelos y referentes teóricos.

Los anteriores planteamientos han servido de transfondo para el debate en torno a la naturaleza del conocimiento histórico y la actividad historiográfica en esta nueva centuria: mientras algunos apuestan abiertamente por una historia de corte posmoderno caracterizada por el predominio de una lógica fragmentaria, que rompe las aspiraciones unificadoras de la gran teoría, afirma la relatividad de los lugares de observación, rechaza una pretendida objetividad y recupera la narración como tarea primordial del historiador, otros reclaman para la historia un lugar específico como disciplina científica y rescatan su papel como discurso que da cuenta de una realidad objetiva.

Mi propósito en este artículo es reflexionar en torno a ¿qué ocurre hoy con la historia frente a los retos de la llamada “posmodernidad”?, no sin antes especificar tres presupuestos básicos que orientarán dicha indagación.

Un primer presupuesto apunta a señalar que el discurso posmoderno describe situaciones aparentemente nuevas que bajo una mirada más profunda se revelan como fenómenos conocidos, de tiempo atrás, como característicos de la modernidad. Esta confusión se explica por la falta de rigurosidad de algunos de sus analistas para entender lo que podría denominarse “la ambigüedad de la modernidad”<sup>3</sup>. La descrip-

---

<sup>3</sup> Cfr. Peter WAGNER, *Sociología de la Modernidad*, Barcelona, Herder, 1997, pp. 27-53. Es indispensable distinguir entre *el discurso del proyecto de la modernidad* y *el desenvolvimiento histórico de esa modernidad*. En esta perspectiva analítica la modernidad se revela, en su discurso, como un proyecto sustancialmente emancipador de lucha contra el pasado feudal, contra la opresiones del antiguo régimen, contra las creencias religiosas y a favor de la autonomía individual. Este discurso al hacerse experiencia se va vaciando de contenido y su lugar es ocupado por un tipo de racionalidad técnica, instrumental, un poder social que penetra las esferas del mundo de la vida, acompañado de invocaciones carismáticas, del renacimiento de los particula-

ción que de la sociedad moderna nos legaron autores clásicos como Marx, Weber y Simmel, dan cuenta de ese doble carácter de la modernidad que aunque abre posibilidades para la realización de la libertad y la autonomía individual, termina por sojuzgar y someter a los individuos.

En un conocido pasaje del *Manifiesto Comunista* Marx y Engels nos advierten cómo la sociedad burguesa moderna a pesar de haber creado fuerzas productivas más abundantes y grandiosas que todas las generaciones pasadas juntas “se asemeja al mago que ya no es capaz de dominar las potencias infernales que ha desencadenado con sus conjuros”<sup>4</sup>. De igual modo Max Weber recurre a la imagen de la “jaula de hierro” para colocar de presente que la racionalización de la sociedad moderna conduce a un confinamiento progresivo del hombre en un sistema deshumanizado: “Nadie sabe —escribe en las páginas finales de la *Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*— quién ocupará en el futuro el estuche vacío, y si al término de esta extraordinaria evolución surgirán profetas nuevos y se asistirá a un pujante renacimiento de antiguas ideas e ideales, o si, por el contrario, lo envolverá todo una ola de petrificación mecanizada y una convulsa lucha de todos contra todos”<sup>5</sup>. Expresiones similares se pueden encon-

---

rismos nacionalistas, de los fundamentalismos religiosos, y de incremento de la violencia. En nuestros países es claro cómo este proceso se inicia tardíamente, no como resultado de un desarrollo interno sino favorecido por un impulso exterior, esto es el capitalismo en expansión, en confrontación con una tradición histórica y cultural ya existente, lo que confiere especificidades a este proceso que adquiere la forma de una modernización que como bien señala Habermas “desgaja a la modernidad de sus orígenes europeos para estilizarla y convertirla en un patrón de procesos de evolución social neutralizados en cuanto al espacio y al tiempo”. Jürgen HABERMAS, *El Discurso Filosófico de la Modernidad*, Madrid, Taurus, 1989, p.12. Esta experiencia de modernidad es la que hoy se encuentra en crisis.

<sup>4</sup> Carlos MARX y Federico ENGELS, *Obras Escogidas. I*, Moscú, Progreso, 1974, p.116.

<sup>5</sup> Max WEBER, *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Madrid, Sarpe, 1984, p.225.

trar en la obra de Simmel cuando se refiere a la expansión de la “cultura objetiva”<sup>6</sup>.

Un segundo presupuesto está orientado a desterrar la idea de que hay que abandonar lo viejo por el simple prejuicio de que “lo nuevo elimina lo viejo”, pues si bien es cierto que este nuevo clima teórico, político y cultural no puede ser soslayado en el análisis, también lo es que no podemos desechar sin una suficiente reflexión, adquisiciones teóricas y conceptuales que, provistas de una mayor flexibilidad y afinación, podrían dar cuenta de aspectos de nuestra realidad social, máxime cuando los desarrollos de los últimos años han restado piso al discurso posmoderno<sup>7</sup>.

Un tercer y último presupuesto constituye ante todo un llamado exhortativo en el sentido de despojar el debate de su tono plañidero de nostalgia por la pérdida de “referentes sólidos” y aboga por una actitud más propositiva, que pasa por admitir la necesidad de construir nuevas perspectivas teóricas o redefinir las ya existentes, para entender una sociedad que ya no es la sociedad ni del siglo XVIII ni del siglo XIX, ni siquiera de la primera mitad del siglo XX. Una sociedad en la que se perfilan hoy elementos completamente nuevos, una sociedad que en términos de uno de sus más agudos observadores ha incrementado notablemente sus niveles de complejidad<sup>8</sup>.

---

<sup>6</sup> Para Simmel, el mundo cultural y el mundo social adquiere vida propia llegando a someter a las personas que las crean y que diariamente las recrean. En otras palabras, la cultura objetiva termina dominando la cultura subjetiva. Cfr. George SIMMEL, “Las Grandes Urbes y la vida del espíritu” en *El Individuo y la Libertad*, Barcelona, Península, 1986.

<sup>7</sup> Después de la caída del muro de Berlín y la desintegración de la URSS, que marcó el auge del pensamiento posmoderno. En el último lustro hemos asistido a un resurgimiento de grandes relatos emancipatorios (v. g. EZLN en México, y las FARC en Colombia), un renacimiento de los particularismos nacionalistas (v. g. La guerra en los Balcanes), un reiterado fracaso del modelo neoliberal y una agudización de los problemas sociales.

<sup>8</sup> Cfr. Niklas LUHMANN, *Sistemas Sociales. Lineamientos para una Teoría General*, Barcelona, Anthropos - Universidad Iberoamericana (México)-Universidad Javeriana (Santafé de Bogotá), 1998.

Reconociendo, entonces, que la práctica histórica hoy se desenvuelve en un nuevo ámbito intelectual —llámese posmoderno o no— me referiré a cuatro aspectos que dan cuenta de ese cambio: La pérdida de vigencia de las grandes visiones omnicomprensivas de la sociedad, el fin de la dominación europea sobre el conjunto del mundo (eurocentrismo) y con ella la crisis de la idea de progreso, la globalización económica y cultural, y la irrupción de la llamada “sociedad de la información”.

### *1. La pérdida de vigencia de las grandes visiones omnicomprensivas de la sociedad*

La pérdida de vigencia de los grandes paradigmas puede entenderse como una crisis de las teorías omnicomprensivas de la sociedad que pretendieron dar cuenta de los procesos histórico-sociales a través de una concepción única y totalizante del desarrollo humano y, junto a ella, una renuncia a las determinaciones últimas que trataron de fundamentar el mismo. Formulaciones éstas que tomaron fuerza a partir de visiones positivistas, estructuralistas o marxistas de la sociedad y que conviene especificar muy brevemente, para valorar el alcance de su crisis.

El discurso histórico decimonónico que se afirma con el proyecto de la modernidad es el de una historia “empirista y objetivista” sustentada en el modelo de las Ciencias Naturales como paradigma de investigación científica. Bajo este postulado, la historia se revela como un cuerpo de hechos objetivos susceptibles de ser verificados y la tarea del historiador se reduce a la conocida fórmula rankeana de “mostrar lo que realmente aconteció”.

En su obsesiva búsqueda por alcanzar el “rigor científico” la historia positivista cree establecer a través de la crítica “interna” y “exter-

---

<sup>9</sup> Utilizo aquí la denominación que proporciona el historiador mexicano Carlos Aguirre en su sugerente ensayo “Repensando las Ciencias Sociales Actuales: El Caso de los Discursos Históricos en la Historia de La Modernidad” en Carlos AGUIRRE, *Itinerarios de la Historiografía del siglo XX*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 1999, pp. 11-42.

na” de la documentación, un procedimiento de investigación que garantiza su cientificidad y le permite deslindar su territorio de otros campos de conocimiento “no científico” muy próximos a ella (v. g. la literatura, el arte, etc). Esta pretensión desembocará a la postre en “una progresiva disolución de las antiguas historias legendarias, míticas y religiosas, historias que poco a poco van a ser completamente abandonadas en beneficio de esa historia ‘real’, basada en verdades firmemente comprobadas y empíricamente establecidas. Historia que al discriminar y separar las fuentes o los elementos literarios o de ficción, frente a las fuentes o elementos estrictamente históricos y “objetivos” va también a intentar superar el *anacronismo* histórico, *prohibiendo la mixtura de elementos de diversas épocas*”<sup>10</sup>.

Estos supuestos de la historia objetivista y empirista empiezan a ser revisados a principios del s. XX, a través del trabajo histórico de los iniciadores de la corriente francesa de los *Annales*, Lucien Febvre y Marc Bloch, quienes advierten que el hecho histórico no existe en forma pura en los documentos pues siempre hay una refracción al pasar por la mente de quien los recoge. Esta nueva perspectiva se enriquece al avanzar el siglo, con el desarrollo mismo de los *Annales* pero, también, con los aportes de otras tendencias historiográficas buena parte de ellas inspiradas en el marxismo, como lo había sido la misma Escuela de los *Annales*<sup>11</sup>.

No obstante, esta renovación historiográfica que se inicia a partir de las primeras décadas del presente siglo, si bien cuestiona seriamente el ideal de objetividad en los términos que el positivismo lo había concebido, no renuncia en el fondo a la pretensión de dar cuenta de una realidad objetiva, aunque mediada por la subjetividad social

---

<sup>10</sup> *Ibidem* (subrayado del autor)

<sup>11</sup> Entre otras corrientes cabe destacar la contribución de la llamada “historia social inglesa” (Edward P. Thompson, Eric Hobsbawm, George Rudé) que permitió ampliar la noción del documento y del hecho histórico, acentuando la participación de la conciencia humana y de la acción en la historia. Este tipo de historia hecha “desde abajo” busca reconstruir una totalidad con sentido, en una doble dimensión: por una parte, con el sentido que posee o poseería para los agentes sociales-históricos objeto de su estudio y, por otra parte, con significación para el sujeto analizador y para los destinatarios de su obra.

del historiador y su compromiso con el presente y formulada en términos de un cuadro estructural de los hechos o del devenir histórico. Se trata de una historia que al estudiar los acontecimientos de un espacio-temporal intenta establecer un sistema de relaciones causales y de analogía, articulados a grandes unidades que guardan en sí mismas su principio de cohesión y que encuentran su mejor expresión en la historia económica y social.

Desde luego estas contribuciones historiográficas no están exentas de ambigüedades, desarrollos internos divergentes y algunas variaciones producto de su articulación con otras tradiciones teóricas propias de espacios culturales diferentes al de su origen. En el caso concreto del marxismo el debate en torno al papel de las estructuras y la participación de la acción y de la conciencia humana en la historia es recurrente y cubre un amplio espacio temporal que se extiende desde las discusiones iniciales en torno al derrumbe inevitable del capitalismo y el paso al socialismo hasta las más recientes favorecidas por el marxismo analítico y las teorías de la elección racional, sin olvidar las propiciadas en los años sesenta por Edward Thompson y la historia social inglesa, en contra de las visiones estructuralistas de Althusser. Por otra parte se trata de un debate que tiene un antecedente importante en las polémicas adelantadas en el seno de la historiografía alemana de finales del siglo XIX, algunos de cuyos representantes tratan de recuperar, frente al concepto de causalidad, la noción del azar como factor de explicación de los fenómenos históricos y la libre voluntad del individuo concreto que busca fines y con arreglo a ellos trata de incidir en el curso de los acontecimientos<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Llamo la atención sobre los aportes del historiador alemán Eduard Meyer quien señala que “aunque dispongamos de todo el material asequible en lo que se refiere a las personalidades más descollantes, los reyes, los grandes estadistas, los grandes generales, etc., necesitamos conocer, para comprender en todo su valor su conducta y sus victorias o sus derrotas, otros elementos relacionados con el comportamiento, la personalidad y los motivos de otros personajes, de los ministros, embajadores y altos oficiales del ejército, y así sucesivamente, hasta llegar a los funcionarios de las cancillerías y —en las elecciones, supongamos— hasta los más insignificantes individuos, o, en las guerras, hasta los sargentos y los soldados rasos”. Eduard MEYER, “La Teoría y Metodología de la Historia” en *El Historiador y la Historia Antigua*.

De tal modo que los modelos históricos que enfatizan la actividad humana o la estructura siempre han coexistido, sólo que durante mucho tiempo estos últimos parecieron tener un lugar privilegiado en las Ciencias Sociales, lo cual fue posibilitado por el auge y desarrollo explicativo en su interior de corrientes de pensamiento tan disímiles como el marxismo y el estructural-funcionalismo. Situación que hoy en día ha cambiado sustancialmente con el surgimiento de nuevas problemáticas sociales, de actores diversos a los tradicionales y, sobre todo, por los cambios políticos, sociales y culturales de la sociedad contemporánea<sup>13</sup>.

Más allá del desconcierto e incertidumbre que genera el colapso de los grandes paradigmas en las ciencias sociales —acentuado por ciertos argumentos posmodernistas de corte nihilista que impiden valorar lo verdaderamente nuevo— esta crisis ha tenido un efecto saludable en el sentido de generar un ambiente propicio para nuevos desarrollos en el ámbito de las Ciencias Sociales.

Por un lado, ha favorecido un flujo transdisciplinario que propicia un rompimiento de las fronteras existentes entre las diferentes especialidades y que permite una reapropiación cognitiva de categorías y estrategias de conocimiento provenientes de otras tradiciones en el interior de un discurso disciplinario que —como en su momento lo puso de presente el historiador francés Fernand Braudel— siempre ha propendido a las apropiaciones conceptuales de numerosos campos.

La consecuencia de todo esto es una permanente renovación de los estudios históricos, “una multiplicidad de puntos de vista, los cuales a su vez iluminan la diversidad y relatividad de las perspectivas historiográficas, sin que pueda hablarse de un modelo único de científicidad, comparable a las ciencias naturales. Esta enorme variedad se debe a las divisiones en cuanto a la orientación ideológica, a la multi-

---

*Estudios sobre la teoría de la Historia y la Historia económica y política de la Antigüedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, p. 40

<sup>13</sup> Con esta afirmación no estoy queriendo significar que el marxismo ya no tenga significancia para el historiador, pues este sigue siendo de algún modo paradigmático. La obra de Edward Thompson, Eric Hobsbawm, Albert Soboul, Pierre Vilar, constituyen ejemplos de una aplicación abierta y enriquecedora del marxismo para la investigación histórica.

plicidad de campos de investigación, que a su vez dan lugar a una diversidad de métodos y a la constitución de verdaderas ‘escuelas’ historiográficas sobre una base académica, es decir, con base en perspectivas compartidas y en el uso de métodos de investigaciones comunes, aun cuando existan diferencias ideológicas importantes”<sup>14</sup>.

Por su puesto que esta propensión a la interdisciplinariedad conlleva a la aparición de nuevos problemas de orden metodológico y epistemológico que el historiador se verá abocado a tratar de resolver en su quehacer práctico si pretende ir más allá del plano discursivo: dificultades, entre otras, de lenguaje, de aplicación de viejos y nuevos conceptos, del desconocimiento de contextos específicos y de una inadecuada combinación de perspectivas. Aún así, ante una cómoda actitud defensiva de las fronteras disciplinares, el historiador no debe olvidar que una disciplina puede reivindicar su particularidad sólo en cuanto se convierte a sí misma en interdisciplinar.

Por otra parte, el cuestionamiento a este tipo de historia que privilegia los colectivos sociales, las estructuras sociales y económicas, ha permitido tanto una recuperación de los elementos puramente individuales y volitivos en la historia, como un desplazamiento hacia el campo de lo simbólico y lo cultural. La primera situación no supone una vuelta a la historia “acontecimiento”, descriptiva y heroicista contra la que se erigió la Escuela de los *Annales*, ni consecuentemente un abandono de cualquier tipo de concepción estructural. El gran reto del historiador sigue siendo el de articular en investigaciones históricas concretas la dimensión estructural y la actividad transformadora de los sujetos a partir de la consideración de la vida cotidiana como ámbito espacio-temporal de producción y reproducción de las estructuras<sup>15</sup>. En este sentido ya hay un importante camino trazado a través

---

<sup>14</sup> Corina YTURBE. “El conocimiento Histórico” en Reyes MATE (ed.), *Filosofía de la Historia*, Madrid, Trotta, 1993, p. 221.

<sup>15</sup> En este sentido propuestas teóricas como la de Anthony Giddens apuntan en esa dirección: “La constitución de agentes y la de estructuras —dice este sociólogo británico— no son dos conjuntos de fenómenos dados independientemente, no forman un dualismo sino que representan una dualidad” y enseguida aclara: “La dualidad de estructura es en todas las ocasiones el principal fundamento de continuidades en una reproducción social por un espacio-tiempo [...]. El fluir de una acción produce de continuo consecuen-

de los trabajos de Norbert Elias sobre la sociedad cortesana<sup>16</sup> y, más recientemente, en el campo de la microhistoria italiana con los trabajos de Carlo Ginzburg y Giovanni Levi<sup>17</sup>, sin olvidar, desde luego, los aportes de la misma Escuela de los *Annales*<sup>18</sup>.

Junto al interés por la microhistoria y la historia cultural, la crisis de los paradigmas ha favorecido la vuelta a otros tipos de historias como la historia política que, desde principios del siglo XX, cayó en descrédito bajo el influjo de la crítica de los primeros *Annales*<sup>19</sup>. Hoy la política es considerada como una esfera en que se toman decisiones fundamentales para el conjunto de la sociedad y, más allá de cualquier determinismo, como un campo autónomo, con una dinámica propia, no dependiente de variables económicas, y en relación con otros componentes de la sociedad influenciados recíprocamente de manera desigual en el tiempo y en el espacio<sup>20</sup>.

---

cias no buscadas por los actores, y estas mismas consecuencias no buscadas pueden dar origen a condiciones inadvertidas de la acción en un proceso de retroalimentación. La historia humana es creada por actividades intencionales, pero no es un proyecto intentado; escapa siempre al afán de someterla a dirección consciente. Pero ese afán es puesto en práctica de continuo por seres humanos que operan bajo la amenaza y la promesa de la circunstancia de ser ellos las únicas criaturas que hacen su 'historia' a sabiendas". Anthony GIDDENS, *La Constitución de la Sociedad: bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, 1995, pp. 61 y 63.

<sup>16</sup> Cfr. Norbert ELIAS, *La Sociedad Cortesana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996.

<sup>17</sup> Cfr. Carlo GINZBURG, *El Queso y los Gusanos*, Barcelona, Muchnick, 1994 y Giovanni LEVI, *La Herencia Inmaterial. La Historia de un Exorcista Piamontés del Siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990.

<sup>18</sup> V. g. George DUBY, *Guillermo el Mariscal*, Madrid, Alianza, 1997 y Jacques LE GOFF, *Lo Maravilloso y lo Cotidiano en el Occidente Medieval*, Barcelona, Gedisa, 1991.

<sup>19</sup> No hay que olvidar que como resultado de la influencia de la Escuela de los *Annales* y en general la llamada "Nueva historia", la historia política, que generalmente se le identificó con la historia tradicional, anecdótica, cayó en descrédito y fue sustituida por una historia que hacía énfasis en los problemas estructurales, en especial por aquella que estudiaba las variables económicas como las claves para entender nuestro pasado.

<sup>20</sup> Para un panorama de estos cambios, Cfr. René REMOND (comp.), *Por Una Historia Política*, Rio de Janeiro, UFRJ, 1996.

## 2. La crisis de la Idea de Progreso

El pensamiento ilustrado, fundador de la moderna historiografía incorpora una visión teleológica, análoga a la judeo-cristiana del renacimiento, restableciendo por lo tanto el carácter racional del propio proceso histórico, pero a través de la secularización de una meta que se eleva por encima del tiempo para dar sentido a lo existente. La historia aparece entonces como el relato del desenvolvimiento de la humanidad hacia la consecución de su perfección terrenal. Bajo esta perspectiva Ilustrada, la historia no sólo sigue una dirección determinada si no también una dirección moralmente justa.

Ahora bien, siendo esta noción de progreso eminentemente occidental parece “natural” que el pensamiento decimonónico identifique la fe en el progreso de la humanidad con la supremacía occidental. De esta forma, el concepto de historia como un singular colectivo funge como condición para que pueda constituirse la noción de historia universal<sup>21</sup>, estableciéndose a través de la idea de progreso un vínculo entre la “historia relato” y “la historia acontecimiento”, entre un pasado que se considera superado y un futuro que se haya predeterminado.

Esta noción de progreso que empezó a ser cuestionada desde los albores mismos del siglo XX y a todo lo largo de él<sup>22</sup>, ha entrado en crisis con el fracaso más o menos grande de todos los grandes sistemas socioeconómicos y políticos del globo. Hoy día es notorio el desencanto frente a la creencia en una marcha hacia el progreso, que caracterizó el pensamiento Ilustrado. El ideal “eurocentrista” —compartido desde diferentes ángulos por la ilustración, el positivismo, el historicismo o el marxismo— de una historia como realización de la

---

<sup>21</sup> Reinhart KOSELLECK, *Futuro Pasado. Para una Semántica de los Tiempos Históricos*, Buenos Aires, Paidós, 1993.

<sup>22</sup> A esto coadyuvieron hechos históricos como las dos guerras mundiales, los genocidios perpetrados en los campos de concentración nazis, el uso de la bomba atómica y la violación de los derechos humanos no sólo en los países llamados del “Tercer Mundo” sino también en las “naciones civilizadas”, así como los excesos estalinistas que debilitaron profundamente las esperanzas humanistas abiertas por la revolución rusa en 1917 (Cfr. Jacques LE GOFF, *Pensar la Historia. Modernidad, Presente y Progreso*, Barcelona, Paidós, 1991, pp. 223 y ss.).



civilización del hombre moderno, unido a la creencia en que la humanidad avanza hacia una meta racional de bienestar resulta inadmisibles.

El pensamiento postmoderno ha puesto de presente que no existe una historia única, sino “imágenes del pasado propuestas desde diversos puntos de vista” y que resulta ilusorio pensar en la existencia de “un punto de vista comprensivo capaz de unificar todos los demás”<sup>23</sup>, lo que hace insostenible la caracterización global de una época como ruptura y como origen. En la práctica, esto supone un reconocimiento del mundo y de las culturas que fueron negadas y marginadas por el proyecto “civilizatorio” occidental, pese a encarnar desarrollos diferentes y alternativos a la idea de modernidad europea, que terminó imponiéndose como dominante en el mundo actual. Igualmente implica una pérdida definitiva de la hegemonía europea en la producción de lo social y, junto a ello, la pluralización de las fuentes posibles de conocimiento y reflexión sobre lo social: “Todos los continentes y todos los océanos, todas las culturas y todas las formas de organización política que se han desarrollado en las diversas partes de la tierra se vuelven objeto de investigación. La pluralidad de civilizaciones autónomas, en lugar de una pretendida unidad del proceso histórico, y el estudio de cada civilización en su desarrollo interno y en su encuentro con otras, implican el rechazo de construir un cuadro que abarque el proceso histórico en su totalidad, dando cuenta de él con unas cuantas categorías que se muestran válidas sólo para ciertas regiones del mundo”<sup>24</sup>.

¿Qué implicaciones tiene esto para el trabajo del historiador?

Ante todo, estos planteamientos han permitido que el historiador, al no encontrar un buen abrigo en la historia continua, vuelva su mirada hacia problemáticas como la discontinuidad: “Para la historia en su forma clásica —nos dice Foucault— lo discontinuo era a la vez lo dado y lo impensable: lo que se ofrecía bajo la especie de los acontecimientos dispersos (decisiones, accidentes, iniciativas y descubri-

---

<sup>23</sup> Gianni VATTIMO, “Posmodernidad: Una sociedad transparente?” en Gianni VATTIMO, *En torno a la Posmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 1990, p. 11.

<sup>24</sup> Corina YTURBE, *op. cit.*, p. 226

mientos), y lo que debía ser, por el análisis rodeado, reducido, borrado para que apareciera la continuidad de los acontecimientos”<sup>25</sup>. Hoy lo discontinuo ha sido integrado en el discurso del historiador y ha pasado a convertirse en un “concepto operatorio”, desplazando la pretensión de cierto tipo de historia por establecer nexos causales, reconstruir encadenamientos y buscar uniformidades entre acontecimientos dispares.

En el mismo sentido, el historiador francés Michel de Certeau se refiere a que la función de la historia en el conjunto de las ciencias actuales no consiste más en procurar objetos “auténticos” al conocimiento, ni proveer a la sociedad de representaciones globales de su origen. La historia ya no conserva esa función totalizadora. “Cada tiempo ‘nuevo’ —dice Certeau—, ha dado lugar a un discurso que trata como ‘muerto’ a todo lo que le precedía, pero que recibía un ‘pasado’ ya marcado por rupturas anteriores. [aparte] El trabajo determinado por este corte es *voluntarista*. Opera en el pasado, del cual se distingue, una selección entre lo que puede ser ‘comprendido’ y lo que debe ser *olvidado* para obtener la representación de una inteligibilidad presente”<sup>26</sup>. Y enseguida aclara que “todo lo que esta nueva comprensión del pasado tiene por inadecuado —desperdicio abandonado al seleccionar el material, resto olvidado en una explicación— vuelve, a pesar de todo, a insinuarse en las orillas y en las fallas del discurso”<sup>27</sup>.

Se replantea así la noción misma de documento considerado, cada vez menos, la prueba de verdad, el rastro que permite la reconstrucción del pasado, para dar lugar a un trabajo más desde su interior: la historia organiza, recorta, distribuye y ordena; distingue lo que es pertinente y lo que no lo es; trata de definir conjuntos, series, relaciones. La historia tiende así “a la arqueología, a la descripción intrínseca del documento”<sup>28</sup>. Se diría, siguiendo la propuesta de Chartier, que los

---

<sup>25</sup> Michel FOUCAULT, *La Arqueología del Saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, Introducción, p. 13.

<sup>26</sup> Michel de CERTEAU, *La Escritura de la Historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993, p. 18.

<sup>27</sup> *Ibid.*

<sup>28</sup> FOUCAULT, *op. cit.* p. 13

documentos históricos, al igual que los libros de lectura, están revestidos de significaciones plurales y cambiantes en el punto de articulación entre la proposición y su recepción, entre las formas y motivaciones que originan su estructura discursiva y las capacidades y expectativas de los públicos que se adueñan de él. Recíprocamente, toda creación discursiva refleja en su morfología y en sus temáticas una relación con las estructuras que, en un tiempo y en un espacio dado, organizan y distribuyen el poder<sup>29</sup>.

Este reconocimiento del papel del lenguaje, de los textos y las estructuras narrativas en la construcción de la realidad histórica lleva a revivir, sobre nuevas bases, las discusiones metodológicas y epistemológicas planteadas en la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX, acerca del modo de concebir el objeto y las tareas de la historiografía, en concreto, sobre el lugar de la comprensión y explicación en la historia. En este sentido la obra de Max Weber resulta de gran interés por sus aportaciones a este debate tratando de conciliar el optimismo de las filosofías iluministas de la historia, que reivindicaban la construcción de un mundo inteligible a través de la razón (su modelo explicativo es prueba de ello) y las concepciones antirracionalistas que plantean una crítica al legado de la modernidad<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Roger CHARTIER, *El Orden de los Libros. Lectores, autores y bibliotecas en Europa s. XIV al XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994.

<sup>30</sup> Para Weber la comprensión no excluye la explicación causal sino que coincide con una forma particular de ésta: la determinación de relaciones de causa y efecto individuadas. Las ciencias histórico-sociales se sirven de la interpretación, procurando encontrar relaciones causales entre fenómenos individuales, es decir, explicar cada fenómeno de acuerdo con las relaciones, diversas en cada caso, que lo ligan con otros. *Cfr.* Max WEBER, *Ensayos sobre Metodología Sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973. Véase también la introducción de Pietro Rossi, la cual aporta muchas luces para la comprensión del planteamiento weberiano).

### 3. La Globalización<sup>31</sup>

Es importante subrayar que la globalización no es un fenómeno reciente pues está estrechamente ligado a la modernidad, que es en sí misma un proceso globalizador. Así lo pusieron de presente los pensadores clásicos<sup>32</sup> y así lo han destacado, más recientemente, algunos de sus estudiosos como Roland Robertson quien, a tiempo que afirma que la globalización ha tenido lugar aproximadamente durante los últimos 250 años, reconoce que a partir de los años sesenta ésta ha venido adquiriendo nuevos rasgos centrados “en el final de un sistema internacional marcadamente organizado en patrones, como la separación de la “nación” respecto del “Estado”; la tematización política de la polietnicidad y la multiculturalidad; la inestabilidad en las concepciones de la ciudadanía, y un agudo incremento *tanto* en las perspectivas supranacionales y globales como en la conciencia nacional”<sup>33</sup>.

Si admitimos entonces que la globalización, encierra elementos de un cambio cualitativo que requiere de nuevas perspectivas de análisis es preciso reconocer también que abre nuevas perspectivas en el quehacer del historiador para la lectura del presente y la reinterpretación del pasado. Durante un largo período de tiempo la historia mo-

---

<sup>31</sup> Para un desarrollo de las ideas aquí planteadas Cfr. Miguel Ángel BELTRÁN, “Globalización y Sociología: algunos desafíos para el fin de siglo” en *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales*, 3, 1999-2000, pp. 151-162.

<sup>32</sup> “Mediante la explotación del mercado mundial —escribe Marx— la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y al consumo de todos los países[...]. En lugar del antiguo aislamiento y la amargura de las regiones y las naciones, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se refiere tanto a la producción material, como a la intelectual. La producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal” (Carlos MARX y Federico ENGELS, *Obras Escogidas. I*, Moscú, Progreso, 1974, p. 114).

<sup>33</sup> Roland ROBERTSON, “Identidad nacional y globalización: falacias contemporáneas”, en *Revista Mexicana de Sociología*, n° 1, enero-marzo 1998, México, Instituto de Investigaciones Sociales.

derna y contemporánea ha sido contemplada desde la óptica del estado-nación. La mirada del historiador se ha ocupado entonces de estudiar la conformación misma de sus estructuras, y junto a ella las revoluciones nacionales, las luchas nacionales, la guerra entre naciones. Hoy en un mundo globalizado, en el que emergen nuevos centros mundiales de poder, esta perspectiva resulta estrecha e insuficiente. La emergencia de realidades internacionales hace necesario que las preocupaciones del historiador se dirijan hacia el análisis de relaciones, procesos y estructuras que desbordan los marcos del estado nacional, para inscribirse en el ámbito de lo regional, lo multinacional y lo transnacional.

Esta última afirmación pareciera entrar en contradicción con lo que hemos venido sosteniendo a lo largo de este trabajo en relación con la crisis de los enfoques holistas. Sin embargo, visto más de cerca el problema la contradicción es sólo aparente, pues la globalización no necesariamente supone homogeneización: “no tiene sentido —anota Robertson— definir lo global como si excluyera a lo local. En términos de alguna manera técnicos, *definirlo así indica que lo global radica más allá de todas las localidades, como si tuviera propiedades sistémicas por encima y más allá de los atributos de las unidades de un sistema global*. Esta manera de ver las cosas corre paralela a las líneas señaladas por la diferenciación macro-micro, la cual ha ejercido gran influencia en la disciplina de la economía, y recientemente se ha vuelto un tema al que se ha dedicado gran atención (aunque ahora está decayendo) en la sociología y en otras ciencias sociales”<sup>34</sup>.

Algunos sociólogos consideran que las tendencias hacia la globalización y el reforzamiento de identidades locales son dos fenómenos contradictorios expresados en las polaridades de lo global *versus* lo local, lo global *versus* lo “tribal”, lo internacional *versus* lo nacional, lo universal *versus* lo particular, convertidos en principios axiales del mundo moderno en permanente tensión. En esta perspectiva, los nacionalismos contemporáneos y las manifestaciones de identidad nacional aparecen como formas de antiglobalidad o de antiglobalización, que se constituirían como una reacción de las diferentes comunidades para exigir su participación de manera autónoma y no a través de la

---

<sup>34</sup> *Ibid.* El subrayado es mío.

mediación de un Estado que no las representa ni las reconoce. Siguiendo esta línea de reflexión Castells afirma la emergencia de “otra historia, otra dinámica, que se está desarrollando, no paralelamente, sino en reacción y contradicción al sistema de flujos globales: la afirmación de la identidad, histórica o reconstruida”, de tal modo que “la creación y desarrollo en nuestras sociedades de sistemas de significación se da cada vez más en torno a las identidades expresadas en términos fundamentales. Identidades nacionales, territoriales, regionales, étnicas, religiosas, de género, y, en último término, identidades personales: el yo como identidad irreductible”<sup>35</sup>.

Lo anterior no necesariamente supone que el concepto de estado-nación pierda vigencia. Éste por el contrario cobra nuevos contenidos y se redimensiona en un mundo donde lo local y lo nacional reviste connotaciones de globalidad. Pero esta globalidad no implica una “historia universal” en y a través de la cual las personas puedan unirse “Toda la evidencia nos indica claramente la persistencia de una pluralidad de marcos de significados y referencias políticas —no una historia política universal en gestación—”<sup>36</sup>. Este fenómeno estrechamente asociado con el desarrollo acelerado de las tecnologías de la comunicación y la información que favorece —más allá del monopolio que pueda ejercer sobre ellos el gran capital— una toma de conciencia de la pluralidad, de la existencia de otras culturas y subculturas, y por ende de la existencia de otras concepciones del mundo<sup>37</sup>. Esto me lleva a plantear el último punto que abordaré en este artículo.

#### 4. La irrupción de la “sociedad de la información”

El desarrollo de los medios de comunicación está en el centro de los rápidos cambios de la sociedad contemporánea. Algunos analistas sociales conceptualizan este fenómeno como el tránsito hacia un nuevo paradigma basado en la información y equiparan su alcance al proceso de la revolución industrial. Para estos autores, la conformación

---

<sup>35</sup> Jordi BORJA y Manuel CASTELLS, *Local y Global. La Gestión de las Ciudades en la era de la Información*, Madrid, Taurus, 1997, p. 30

<sup>36</sup> David HELD, *La Democracia y el Orden Global. Del Estado Moderno al Gobierno Cosmopolita*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 158.

<sup>37</sup> VATTIMO, *op. cit.*, p. 12.

de este nuevo paradigma está basado en “las tecnologías de información que incluyen la microelectrónica, la informática, las telecomunicaciones y también, aunque con una marcada especificidad, la ingeniería genética”<sup>38</sup>. Los efectos de este cambio de paradigma en “el mundo de la vida”, constituye un importante campo de reflexión de las Ciencias Sociales. En los renglones siguientes me referiré a dos de estos aspectos que resultan cruciales para la práctica del historiador: el primero es el relacionado con la noción del tiempo en la sociedad de la información y el segundo el de la incorporación de las nuevas tecnologías informáticas, específicamente el computador, al trabajo del historiador.

En relación al primer punto es preciso recordar con Koselleck que la noción de “historia moderna” está estrechamente vinculada con el concepto de “tiempo nuevo”, que se configura con el fenómeno mismo de la Revolución Francesa para dar cuenta de un cambio acelerado de la experiencia histórica y la intensificación de su elaboración por la conciencia. A partir de la Revolución Francesa —señala otro estudioso de la modernidad, Marshal Berman— surge abrupta y espectacularmente el gran público moderno, el cual comparte la sensación de estar viviendo una época revolucionaria en todas las dimensiones, personal, social y política<sup>39</sup>.

Esta idea de “tiempos nuevos” se presenta asociada a la ilusión de origen y ruptura, replanteando la concepción misma del pasado, el presente y el futuro. El registro histórico de estas experiencias inéditas permite redefinir la noción de un pasado como fundamentalmente diferente y delimitar épocas específicas en el devenir de la historia, confiriendo al pasado en su conjunto la condición de historia universal. Por su parte, el presente no aparece como lo nuevo, en sentido estricto, sino en la medida en que abre tiempos nuevos. La Modernidad, escribe Baudelaire es “lo transitorio, lo fugaz, lo contingente”<sup>40</sup>.

---

<sup>38</sup> BORDA y CASTELLS, *op.cit.*, p. 23

<sup>39</sup> Marshall BERMAN, *Todo lo Sólido se desvanece en el Aire. La experiencia de la Modernidad*, México, Siglo XXI, 1988.

<sup>40</sup> Citado por HABERMAS, *op. cit.*, p. 19.

A la noción de “tiempo nuevo” la modernidad agrega la existencia de un tiempo cronológico, continuo y progresivo “que remite los numerosos calendarios y medidas del tiempo que se han dado en el curso de la historia a un tiempo común: el de nuestro sistema planetario calculado físico-astronómicamente”<sup>41</sup>. Se trata de un tiempo absoluto y natural, en el que se desenvuelven todos los acontecimientos humanos medidos por el reloj newtoniano de los planetas.

Frente a esta concepción abstracta y universalizadora del tiempo se reconoce hoy la existencia de un “collage de tiempos múltiples”<sup>42</sup> con lo cual resulta insostenible la caracterización global de una época como “ruptura” y como “origen”, que a través de la idea de “tiempo nuevo” se atribuyera a la modernidad. El historiador se ve enfrentado así a un tiempo profundo, que hace que pierda sentido la idea de una filosofía de la historia que pretendía dar cuenta de todo el proceso histórico y, junto a ella, la noción de un tiempo único y válido para todos los hombres<sup>43</sup>.

Ahora bien, esta discusión no es nueva. Como se recordará, el reconocimiento de la pluralidad temporal constituye un componente fundamental en la obra de Fernand Braudel y aparece como su preocupación central en su reflexión sobre la “Larga Duración”<sup>44</sup>, escrita hace ya más de tres décadas cuando los fundamentos de la revolución tecnológica apenas empezaban a insinuarse. Hoy cuando esta revolución tecnológica ha golpeado las puertas de nuestros hogares para convertirse en algo cotidiano, a través de tecnologías como el internet y la telefonía celular, la pluralización del tiempo aparece en toda su

---

<sup>41</sup> KOSELLECK, *op. cit.*, p. 12.

<sup>42</sup> La expresión es de Barbara Adam, autora de numerosas publicaciones sobre el tema, citada por Ramón RAMOS TORRE, “La Ciencia Social en busca del tiempo” en *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, n° 18, Septiembre, 1997, p. 26.

<sup>43</sup> Para una reflexión sobre el tiempo histórico remito al lector a la monumental obra de Paul RICOEUR, *Tiempo y Narración*, México, Siglo XXI, 1995, 3 vols.

<sup>44</sup> Cfr. Fernand BRAUDEL, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza, 1980. Para una comprensión de las temporalidades en la obra de Braudel, Cfr. Carlos Antonio AGUIRRE, *Braudel y las Ciencias Humanas*, Barcelona, Montesinos, 1996.



dimensión. El rápido flujo de ideas e imágenes revela otros ritmos de la vida social y coloca de presente nuevas formas y experiencias del tiempo.

Pero no se trata simplemente de reconocer la multiplicidad temporal como pluralidad de niveles temporales, ni tampoco de establecer una pirámide jerárquica donde algunos tiempos predominen sobre otros. Lo verdaderamente novedoso e interesante resulta de su estrecha imbricación que “conecta en simultaneidad sus distintos elementos de tal forma que lo instantáneo resulta también duracional, el tiempo de la naturaleza se descubre como un tiempo social, el ritmo repetitivo desemboca en emergencia de lo nuevo e irreversibilidad”<sup>45</sup>. Así, la rápida velocidad de las comunicaciones repercute en las percepciones de un tiempo que se coloca más allá de la experiencia humana, en el que se multiplican las asincronías y los anacronismos y donde lo pretérito se mezcla con lo presente generando nuevas tramas de lo no contemporáneo. De tal modo que el dato inmediato, cotidiano, que la crítica a la historia positivista había desechado, cobra significación en un mundo social donde el instante adquiere universalidad y el pasado es recreado permanentemente por el presente.

El segundo punto que quiero aludir en relación con el desarrollo de las tecnologías informáticas está referido a la importancia del computador en la transformación de la práctica histórica hoy, particularmente en lo que respecta al tratamiento de las fuentes y la revolución de la noción misma de documento.

En la actualidad el computador se revela como una herramienta de múltiples aplicaciones en el quehacer práctico del historiador. Su función más evidente es la de permitir el manejo de un gran volumen de información, lo que ha favorecido no sólo la conformación de amplias bases de datos cuantitativos estimulando el desarrollo del campo de los métodos estadísticos, si no también el manejo de datos cualitativos, a través de una permanente renovación de programas que permiten un manejo cuantitativo de la información cualitativa. Así mismo, el microcomputador ha facilitado al historiador su tarea de la escritura,

---

<sup>45</sup> RAMOS TORRE, *op. cit.*, p. 31

facilitando el tratamiento de textos y cumpliendo las funciones de un fichero electrónico<sup>46</sup>.

Sin embargo más significativo aún para la reflexión que hemos venido proponiendo en esta exposición, es el impacto que el computador puede tener en la modificación de la noción tradicional del documento en lo que el historiador francés Michel de Certeau califica como una verdadera “revolución documental”, en la cual se pasaría de una perspectiva puramente “documentalista” hacia la noción del archivo como una totalidad. Lo anterior significa que con la ayuda del computador es posible hacer la reconstrucción a partir del diseño de un modelo, la construcción de un banco de datos y la formulación de una(s) pregunta(s). En historia, dice Certeau, todo comienza con el gesto de aislar y de reunir para trocar en “documentos” algunos objetos repartidos de otro modo, esto es convertirlos en unidades que llenan los agujeros de un conjunto establecido *a priori*. De esta manera el historiador organiza, recorta, distribuye y ordena, al mismo tiempo que

---

<sup>46</sup> “El usuario del ordenador como gestor de archivos, —escribe Antonio Rodríguez— descubre otra cara de esta herramienta polifacética: El ordenador se puede presentar aquí como un espejo indiscreto. Su potencia para tratar los registros de información produce muchas satisfacciones y estímulos para seguir explotando una información bien estructurada, pero también esa misma potencia deja al descubierto las fisuras del historiador a la hora de estructurar la información que debe entrar en el ordenador. Sobre fichas de papel las carencias teóricas y metodológicas que origina una deficiente tipología, y la consiguiente clasificación de los datos, y una arquitectura de la información registrada bastante endeble, apenas pueden ser denunciadas, pues la explotación de los datos es bastante reducida en comparación con la que ofrece un ordenador. Por eso cuando el computador amplifica de manera espectacular la capacidad de relacionar datos por múltiples criterios, con gran velocidad y precisión, aparecen variadas manifestaciones del mal trabajo, o al menos insuficiente, que el historiador ha tenido que hacer antes de introducir los datos. Es entonces cuando la pantalla del ordenador se hace espejo indiscreto: agujeros negros en donde se pierden registros, ambigüedades, repeticiones, pobre explotación de la masa de información registrada para el trabajo que ha supuesto su introducción, ‘ruido’, etc.” Antonio RODRÍGUEZ DE LAS HERAS, “La integración de la Informática en el trabajo del Historiador” en Antonio MORALES MOYA y Mariano ESTEBAN DE VEGA (ed.), *La Historia Contemporánea en España*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1992, p. 222.



define conjuntos series y relaciones. En este sentido —concluye Certau— “la revolución documental tiende también a promover una nueva unidad de información: en lugar del hecho que conduce al acontecimiento y a una historia lineal, a una memoria progresiva, privilegia el dato, que lleva a la serie y a una historia discontinua. Se convierten en necesarios nuevos archivos en los que el primer puesto está ocupado por el corpus, la cinta magnética”<sup>47</sup>.

Este y otros cambios exigen del historiador, hoy más que nunca, una profunda reflexión teórica sobre su práctica. En el recorrido, realizado a lo largo de esta exposición, he querido mostrar algunos de los trazos de este debate a través de la pérdida de vigencia de los grandes sistemas explicativos, la crisis de la idea de progreso, el fenómeno de la globalización y el desarrollo de las tecnologías informáticas. Huelga decir que se trata de un debate que sigue abierto. No queda más, entonces, que recuperar el optimismo inicial que ha inspirado estas líneas y concluir, que ha llegado la hora de avanzar en esta discusión. Se trata entonces —parafraseando al filósofo alemán Niklas Luhmann— de “darle ánimos al búho para que ya no siga sollozando en su rincón y emprenda su vuelo nocturno”.

---

<sup>47</sup> DE CERTAU, *op. cit.*, pp. 85 y ss.